

# 1

—Qué día tan maravilloso —comenté.

El invierno empezaba a batirse en retirada y la primavera se abría paso en Boston. El campus de la Universidad de Harvard había despertado a la vida, repleto de estudiantes, turistas y vecinos de la ciudad.

Muchos estudiantes seguían llevando las togas de la ceremonia de graduación que había tenido lugar por la tarde, una ceremonia que aún daba vueltas en mi cabeza. Todo me parecía irreal, desde las agradulces despedidas de los amigos a la preocupación de tener que enfrentarme con los problemas del mundo real en los próximos días.

Experimentaba una mezcla de emociones: orgullo, alivio, ansiedad... Pero la emoción predominante era la felicidad. Estar en este momento, tener a Marie a mi lado.

—Lo es. Y nadie lo merece más que tú, Erica.

Marie Martelly, la mejor amiga de mi madre y mi salvadora particular, apretó cariñosamente mi mano antes de entrelazar mi brazo con el suyo.

Alta en comparación con mi pequeña estatura, casi me sacaba una cabeza. Su piel era del color del cacao y llevaba el pelo castaño prendido en docenas de cortas trencitas, un estilo que proclamaba su eterna juventud y su ecléctica personalidad. Una mujer esbelta y juvenil, a primera vista nadie podría imaginar que era la única madre que había tenido durante casi una década.

Conociendo a los padres de algunos compañeros, en esos años me había dado por pensar que a veces no tener padres era mejor que tenerlos. Algunos progenitores podían ser tan agobiantes. Estaban a tu

lado, pero no había ningún vínculo emocional, o eran lo bastante mayores como para ser tus abuelos y la brecha generacional resultaba insalvable. Destacar parecía mucho más fácil cuando yo era la única que me presionaba para tener éxito.

Marie era diferente. En todos esos años, siempre me había ofrecido el apoyo preciso. Escuchaba atentamente mis pequeños dramas o las quejas sobre el trabajo y los exámenes finales, pero nunca me presionaba porque sabía que yo misma me encargaba de hacerlo.

Mientras paseábamos por las estrechas callecitas que surcaban el campus de Harvard, una suave brisa movía las ramas de los árboles sobre nuestras cabezas.

—Gracias por estar a mi lado hoy —murmuré, apretando su brazo.

—¡Por favor, Erica! Ya sabes que no me lo habría perdido por nada del mundo —sonrió, haciéndome un guiño—. Además, estoy disfrutando de este viaje al pasado. No recuerdo la última vez que pisé el campus y estar aquí me hace sentir joven de nuevo.

Su entusiasmo me hizo sonreír. Solo alguien como ella podía visitar su alma máter y sentirse más joven, como si el tiempo no hubiera pasado.

—Sigues siendo joven.

—Sí, supongo que sí. Pero la vida pasa a un ritmo vertiginoso, pronto lo descubrirás —Marie suspiró delicadamente—. ¿Estás lista para celebrar tu graduación?

Después de afirmar con la cabeza esboqué una sonrisa.

—Por supuesto, vamos.

Atravesamos la verja de entrada del campus y paramos un taxi para cruzar el río Charles hasta la ciudad de Boston. Unos minutos después, empujábamos las pesadas puertas de madera de uno de los mejores asadores de la ciudad.

Comparado con las soleadas calles, el interior del restaurante era oscuro y fresco, y un aire de refinamiento flotaba sobre los discretos murmullos de los clientes.

Nos sentamos a una mesa y, después de estudiar la carta, pedimos la cena y la bebida. El camarero nos sirvió enseguida dos vasos de whisky añejo con hielo, un gusto que había adquirido gracias a otras cenas con Marie. Después de varias semanas sobreviviendo gracias a sobredosis de café y comida para llevar, la mejor forma de celebrar mi graduación era tomando un buen whisky y un jugoso filete.

Distraída, acariciaba con el dedo el borde del vaso, preguntándome cómo habría sido aquel día si mi madre viviera. Tal vez seguiría en casa, en Chicago, y mi vida sería completamente diferente.

—¿En qué piensas, cariño?

La voz de Marie interrumpió mis pensamientos.

—En nada. Bueno, me gustaría que mi madre hubiera estado aquí —respondí en voz baja.

Ella apretó mi mano.

—Las dos sabemos que Patricia se habría sentido muy orgullosa de ti. Muchísimo.

Nadie había conocido a mi madre mejor que ella. A pesar de haberse separado después de la universidad, siguieron muy unidas durante años... hasta el amargo final.

Tuve que evitar su mirada para no sucumbir a la emoción que me embargaba cada vez que pensaba en mi madre. No iba a llorar aquel día. Aquel era un día feliz a pesar de todo. Un día que no olvidaría nunca.

Marie soltó mi mano para alzar su vaso, mirándome con los ojos brillantes.

—¿Qué tal un brindis por el siguiente capítulo?

Alcé mi vaso con una sonrisa cargada de nostalgia, esperando que el alivio y la gratitud llenasen el espacio vacío en mi corazón.

—¡Salud!

Después de brindar tomé un largo trago, disfrutando de la quemazón del licor en mi garganta.

—Por cierto, ¿qué piensas hacer ahora, Erica?

Suspirando, intenté concentrarme en mi vida actual y en las presiones a las que estaba sometida.

—Esta semana tenemos la presentación en Angelcom y luego, no sé cuándo, tendré que decidir dónde voy a vivir.

—Podrías quedarte en mi casa durante un tiempo.

—Lo sé, pero necesito instalarme definitivamente en algún sitio y vivir sola por primera vez. De hecho, estoy deseando hacerlo.

—¿Alguna idea?

—No, aún no, pero necesito irme de Cambridge.

Vivir en Harvard había sido maravilloso, pero el mundo académico y yo necesitábamos darnos un respiro. Durante el último año había trabajado sin descanso, preparando la tesis, intentando llevar un negocio y lidiando con los habituales momentos de angustia del estudiante de último curso. Estaba deseando empezar el próximo capítulo de mi vida lejos del campus.

—No es que quiera que te vayas, ¿pero estás segura de que vas a quedarte en Boston?

—Estoy segura —afirmé—. Mi negocio podría llevarme a Nueva York o California en algún momento, pero por ahora me siento feliz aquí.

Boston era una ciudad difícil a veces. Los inviernos aquí eran infernales, pero la gente era apasionada, fuerte y a menudo dolorosamente directa. Con el tiempo me había convertido en uno de ellos y no podía imaginarme en ningún otro sitio. Además, sin tener unos padres con los que volver, Boston se había convertido en mi hogar.

—¿Has pensado alguna vez volver a Chicago?

—No —respondí, saboreando la ensalada mientras intentaba no pensar en toda la gente que podría haber estado aquí conmigo hoy—. En Chicago ya no me queda nadie. Elliot volvió a casarse y ahora tiene hijos. Y la familia de mi madre siempre ha sido... ya sabes, un poco distante.

Desde que mi madre volvió de la universidad veintiún años atrás, embarazada y sin planes de matrimonio, decir que la relación con sus padres había sido tensa era quedarse corto. Incluso de niña, los pocos recuerdos que tenía de mis abuelos eran ingratos y marcados por cómo había llegado a sus vidas.

Mi madre nunca hablaba de mi padre, pero si las circunstancias de mi concepción eran tan tristes como para que guardase silencio, seguramente era mejor no saber nada. Al menos, eso era lo que me decía a mí misma cuando empezaba a picarme la curiosidad.

La tristeza en los compasivos ojos de Marie reflejaba la mía.

—¿Sabes algo de Elliot?

—Suele llamarme durante las vacaciones, pero ahora está muy ocupado con sus dos hijos pequeños.

Elliot era el único padre que había conocido. Se había casado con mi madre cuando yo era muy pequeña y habíamos compartido muchos años de feliz vida familiar. Pero un año después de la muerte de mi madre, angustiado ante la idea de tener que criar solo a una adolescente, me envió a un internado en la costa Este con el dinero de mi herencia.

—Lo echas de menos —dijo Marie, como si hubiera leído mis pensamientos.

—A veces —admití—. Nunca pudimos volver a ser una familia sin mi madre.

Recordaba bien lo incómodos y perdidos que nos habíamos sentido cuando murió. A día de hoy estábamos unidos solo por su recuerdo; un recuerdo que iba palideciendo poco a poco con el paso de los años.

—Elliot tenía buenas intenciones, Erica.

—Ya lo sé, no le guardo ningún rencor. Los dos somos felices y eso es lo único que importa.

Con un título de la Universidad de Harvard y un negocio en cienes bajo el brazo, no lamentaba lo que Elliot había hecho porque, al final, me había puesto en el camino que me llevó hasta donde estaba aquel día. Pero nada podía cambiar la realidad: que nos habíamos ido alejando con el paso de los años.

—Entonces, dejemos el tema. Hablemos de tu vida amorosa.

Esbozó una cálida sonrisa, sus preciosos ojos almendrados resplandecían bajo las suaves luces del restaurante.

Solté una carcajada, sabiendo que querría detalles... si tuviese alguno que compartir.

—Me temo que no hay nada nuevo que contar. ¿Qué tal si hablamos de ti? —sugerí, sabiendo que mordería el anzuelo.

Sus ojos se iluminaron mientras me hablaba de su nuevo amor: Richard, un periodista de la jet set casi diez años menor que ella. Aunque eso no era una sorpresa para mí porque Marie se mantenía en forma para su edad y era joven de corazón. De hecho, a menudo tenía que recordarme a mí misma que era de la edad de mi madre.

Mientras me hablaba de Richard, disfruté de una corta historia de amor con mi cena. Perfectamente cocinado e impregnado en una reducción de vino tinto, el entrecot se derretía en mi boca.

La fantástica cena casi me compensaba por los últimos meses de privación sexual. Y si no hubiera sido así, el plato de fresas recubiertas de chocolate que tomamos de postre habría sido más que suficiente.

Mi estancia en la universidad me había ofrecido muchas oportunidades para tener breves aventuras, pero al contrario que Marie, yo nunca había buscado el amor. Y ahora que mi objetivo era levantar un negocio, apenas tenía tiempo para hacer vida social y mucho menos para tener relaciones sexuales.

Vivía todo eso a través de Marie y me complacía de verdad que un hombre le alegrase la vida.

Terminamos de cenar y, mientras ella iba un momento al lavabo, me dirigí hacia la puerta sintiéndome un poquito «alegre».

Devolví el saludo al maître, que me daba las gracias, y un segundo después, al dar media vuelta, choqué contra un hombre que entraba en ese momento en el restaurante.

Él me sujetó por la cintura con las dos manos mientras yo intentaba no perder el equilibrio.

—Lo siento, no...

Cuando nuestros ojos se encontraron no pude terminar la frase. Una especie de tornado entre pardo y verde me impedía articular palabra.

Guapísimo. El hombre era guapísimo de caerse de espaldas.

—¿Se encuentra bien?

Su voz parecía vibrar dentro de mí, haciendo que me temblasen las rodillas. Él pareció notarlo porque apretó mi cintura, empujándome un poco más hacia su torso, y eso no me ayudó a recuperar la compostura. El abrazo, posesivo y exigente, como si tuviera todo el derecho a mantenerme así durante el tiempo que quisiera, aceleró mi corazón.

Una pequeña parte de mí, la que no suspiraba de deseo por aquel extraño, quería protestar por esas confianzas, pero cualquier pensamiento racional se evaporó al contemplar sus facciones.

No podía ser mucho mayor que yo. Salvo por el alborotado pelo castaño parecía el típico ejecutivo, con una chaqueta de color gris oscuro sobre una camisa blanca con dos botones desabrochados. Parecía un hombre adinerado.

«No está a tu alcance, Erica», me dijo una vocecita, recordándome que debía responder.

—Sí, estoy bien. Perdone.

—No hay nada que perdonar —murmuró él, esbozando una seductora sonrisa.

Sus sensuales labios, de quitar el habla con mi cara a unos centímetros de la suya, estaban cargados de promesas, y cuando se pasó la lengua por el labio inferior un suspiro escapó de mi garganta.

Dios, la energía sexual que emanaba aquel hombre era como un maremoto.

—Señor Landon, su grupo ya está aquí.

Mientras el maître esperaba que respondiera, yo me erguí del todo, convencida de que podría mantenerme en pie, pero apoyando una mano en su torso, duro e implacable bajo la chaqueta. Él me soltó entonces, sus manos dejaron un rastro de fuego sobre mis caderas mientras las apartaba con más lentitud de la necesaria.

«Santo cielo». El delicioso postre no podía compararse con aquel hombre.

Él asintió, sin dejar de mirarme, paralizándome con ese hilo invisible que parecía conectarnos.

Sentía el irracional deseo de que volviese a tocarme, que me poseyera como había hecho antes. Si había conseguido que me diese vueltas la cabeza con un simple roce, a saber lo que podría hacer en el dormitorio.

Me pregunté entonces si habría un guardarropa cerca. Podríamos averiguarlo en aquel mismo instante.

—Por aquí, señor —insistió el maître, intentando que mi rescataador lo siguiese.

Él se apartó con relajada desenvoltura y yo me quedé temblando de la cabeza a los pies. Marie apareció a mi lado mientras lo observaba alejarse, un escándalo de hombre.

Debería sentirme avergonzada, pero la verdad es que mi falta de equilibrio sobre unos tacones de doce centímetros me alegraba más que nunca. No tenía vida amorosa de ningún tipo, pero el hombre misterioso se convertiría en el protagonista de muchas fantasías desde entonces.

**A**scendí los anchos escalones de granito de la biblioteca y atravesé interminables pasillos hasta el despacho del profesor Quinlan, que estaba muy concentrado frente a la pantalla de su ordenador cuando llamé a la puerta.

—¡Erica, mi emprendedora favorita! —exclamó, girándose en la silla.

Su acento irlandés era menos pronunciado después de vivir en Estados Unidos durante tantos años, pero a mí me parecía encantador y saboreaba cada una de sus palabras.

—Cuéntame, ¿qué tal te sienta la libertad?

Tuve que sonreír, contenta ante tan cálido recibimiento. Quinlan era un hombre atractivo de cincuenta y pocos años, con el pelo canoso y amables ojos de color azul pálido.



—Si quiere que sea sincera, aún estoy intentando acostumbrarme. ¿Y usted? ¿Cuándo empieza su año sabático?

—Me marcho a Dublín en unas semanas. Tienes que ir a visitarme este año, si encuentras tiempo.

—Me encantaría, desde luego —repliqué.

¿Cómo sería aquel año para mí? Con un poco de suerte, estaría muy ocupada intentando sacar a flote mi negocio, pero en realidad no sabía qué esperar.

—Creo que me resultará raro verlo fuera del campus, profesor.

—Ya no soy tu profesor, Erica. Llámame Brendan, por favor. Ahora soy tu amigo y tu mentor, y espero que nos veamos a menudo fuera de este despacho.

Las palabras del profesor Quinlan me conmovieron y se me hizo un nudo en la garganta. Todo me emocionaba aquella semana, maldita fuera. Quinlan había sido un apoyo increíble para mí en estos últimos años, guiándome en mis estudios, haciendo contactos para promocionar mi negocio, amén de un incansable animador cada vez que necesitaba un empujón.

—No sé cómo darle las gracias, de verdad.

—Ayudar a gente como tú es lo que me anima a levantarme cada mañana. Además, me mantiene alejado del pub —bromeó Quinlan, con una sonrisa torcida que descubría un solitario hoyuelo en la mejilla.

—¿Y Max?

—Por desgracia, el interés de Max por el alcohol y las mujeres era mucho mayor que su deseo de triunfar en los negocios, pero parece que al final ha conseguido hacerse un hombre de provecho. No sé si yo he tenido algo que ver, tal vez. No todos pueden ser como tú, querida.

—Me preocupa tanto que mi negocio no funcione a largo plazo —le confesé, esperando que él tuviese la visión de futuro que a mí me faltaba.

—Estoy convencido de que tendrás éxito. Si no con esta, con alguna

otra empresa. Nadie sabe dónde va a llevarle la vida, pero tú te sacrificas y trabajas mucho para hacer realidad tus sueños. Mientras tengas claro el objetivo y no lo pierdas de vista irás en buena dirección. Al menos, eso es lo que yo me digo a mí mismo.

—Suenan bien —afirmé.

Nerviosa por la presentación del día siguiente, que sería fundamental para mi negocio y para mí, necesitaba todo el ánimo posible.

—El día que tenga todas las respuestas te lo diré —me prometió.

Francamente, no sabía si sentirme inspirada o descorazonada al saber que a veces el profesor se sentía tan desorientado como yo.

—Mientras tanto, vamos a ver qué tienes para nuestro amigo Max —Quinlan señaló la carpeta que yo sostenía mientras limpiaba su escritorio de papeles.

—Sí, claro.

Saqué el plan de negocios y mis notas y nos pusimos a trabajar.

## 2

La recepcionista del grupo inversor *Angelcom* lanzó sobre mí una mirada inquisitiva antes de llevarme a la sala de juntas, al final de un largo pasillo. Me miré de arriba abajo a toda prisa para comprobar que mi apariencia era impecable. De momento, ningún desastre a la vista.

—Póngase cómoda, señorita Hathaway. El resto del grupo llegará enseguida.

—Gracias.

Tomé aire, aprovechando que iba a estar sola un momento. Deslicé los dedos por el borde de la mesa de reuniones hasta que me encontré delante de una pared de cristal desde la que se veía el puerto de Boston. El temor se mezclaba con una creciente ansiedad. En un momento estaría cara a cara con algunos de los inversores más ricos e influyentes de la ciudad. Aquello era tan nuevo para mí que no podía controlar los nervios y sacudí las manos, intentando que el resto de mi cuerpo se relajase un poco.

—¿Erica?

Un hombre de mi edad, de pelo rubio con raya a un lado, ojos azul oscuro y un impresionante traje de chaqueta de tres piezas, se acercó para estrechar mi mano.

—Tú debes ser Maxwell.

—Por favor, llámame Max.

—El profesor Quinlan me ha hablado mucho de ti.

—No creas una sola palabra —Max rio, mostrando unos dientes blancos y perfectos en contraste con una piel bronceada muy poco frecuente en alguien que vivía en Nueva Inglaterra.

—Todas cosas buenas, lo prometo —mentí.

—Es un detalle por su parte. Le debo una. ¿Esta es tu primera reunión promocional?

—Me temo que sí.

—Todo irá bien. Recuerda, la mayoría de nosotros hemos pasado por esto en algún momento.

Sonreí para mis adentros, sabiendo que Max Hope, heredero del famoso armador Michael Pope, no habría tenido que pedirle a nadie que no fuera su padre dos míseros millones de dólares. A pesar de todo, él era la razón por la que estaba allí esa mañana y se lo agradecía. Quinlan sabía a quién debía pedirle un favor.

—Toma lo que quieras. La bollería es estupenda —Max indicó un espléndido bufé de desayuno a un lado de la sala.

El nudo que tenía en el estómago no me permitiría probar bocado, pero debía controlar los nervios. Aquella mañana ni siquiera había podido tomar un café.

—Gracias, quizá más tarde.

El resto de los inversores empezaron a llegar y, después de las presentaciones, intenté entablar conversación, maldiciendo en silencio a Allí, mi mejor amiga, socia ausente y jefa de marketing.

Allí podía charlar animadamente hasta con un bote de sopa mientras yo solo tenía en la cabeza las cifras y datos que iba a presentar, y eso no era lo ideal para romper el hielo con gente a la que no conocía.

Cuando todos empezaron a sentarse alrededor de la mesa de juntas, me coloqué en una de las cabeceras, organizando y estudiando mis documentos por enésima vez mientras miraba el reloj de la pared. Tenía veinte minutos para convencer a aquel grupo de extraños de que merecía la pena invertir en mi empresa.

El murmullo de voces se atenuó, pero cuando busqué a Max con la mirada, esperando la señal para empezar, él señaló una silla vacía frente a mí.

—Estamos esperando a Landon.

¿Landon?

La puerta de la sala de juntas se abrió en ese momento.

«Madre mía». Se me olvidó hasta respirar.

Porque en la sala de juntas entró el hombre misterioso, metro ochenta y cinco de glorioso atractivo masculino, en nada parecido a sus trajeados colegas. El jersey negro con escote en V destacaba su ancho torso y los esculturales hombros, y los tejanos desteñidos se pegaban a sus muslos como un sueño. Sentí un hormigueo en la piel al imaginar los fuertes brazos masculinos alrededor de mi cuerpo una vez más, fuese por accidente o no.

Con un vaso de café con hielo en la mano, Blake Landon se dejó caer sobre la silla vacía, aparentemente despreocupado por el retraso o por su aspecto informal, y esbozó una perspicaz sonrisa. No se parecía al elegante ejecutivo en cuyos brazos había caído de manera fortuita la otra noche, pero una vez más iba despeinado; su pelo castaño oscuro tieso y erizado, como suplicando que pasara los dedos por él. Me mordí los labios, intentando disimular la fascinación que provocaba en mí ese cuerpazo.

—Te presento a Blake Landon —dijo Max—. Blake, Erica Hathaway. Está aquí para presentar su red social de moda, Clozpin.

Landon permaneció en silencio durante unos segundos.

—Un nombre interesante. ¿La has traído tú?

—Sí, tenemos un amigo común en Harvard.

Blake asintió, clavando en mí una penetrante mirada que me hizo sonrojar. Se pasó la lengua por los labios y ese simple gesto provocó la misma reacción que la noche que nos conocimos.

Intenté respirar mientras cruzaba las piernas, consciente del cosquilleo que provocaba entre ellas.

«Cálmate, Erica».

La bola de nervios que reposaba en mi estómago hasta unos segundos antes se había convertido en una masa de energía sexual que me tenía temblando de la cabeza a las partes bajas.

Dejé escapar el aliento despacio mientras pasaba las manos por las solapas de mi chaqueta negra, enfadada conmigo misma por quedarme embelesada en un momento tan inconveniente.

Tartamudeando un poco, empecé con la presentación. Expliqué la premisa de la página web y seguí con una breve descripción de los cuatro años de marketing básico y el resultante crecimiento exponencial, intentando desesperadamente mantener la concentración. Cada vez que mis ojos se encontraban con los de Blake, mi cerebro amenazaba con sufrir un cortocircuito.

Por fin, él me interrumpió:

—¿Quién ha diseñado la página?

—El cofundador de la empresa, Sid Kumar.

—¿Y dónde está?

—Desafortunadamente, los cofundadores no han podido venir, aunque era su intención.

—Entonces, ¿usted es la única del equipo dedicada al proyecto ahora mismo?

Blake arqueó una ceja mientras se arrellanaba en la silla y tuve que hacer un esfuerzo para apartar la mirada de su torso.

—No, yo... —empecé a decir, intentando encontrar una respuesta sincera—. Acabamos de graduarnos en Harvard, así que el nivel de compromiso en los próximos meses dependerá de la estabilidad económica del proyecto.

—En otras palabras, la dedicación de sus compañeros depende de los fondos que obtengan.

—En cierto modo.

—¿Y la suya?

—No —respondí con aspereza, a la defensiva ante ese ataque.

Lo había dedicado todo al proyecto durante meses, sin pensar en nada más.

—Siga —Blake hizo un gesto con la mano.

Tomé aliento, mirando mis notas para recuperar el rumbo.

—En este momento estamos buscando una inyección de capital para el departamento de marketing, con objeto de aumentar el crecimiento y los ingresos.

—¿Cuál es su índice de conversión?

—Desde visitas a usuarios registrados, alrededor de un veinte por ciento...

—¿Y en cuanto a usuarios de pago? —me interrumpió.

—Alrededor del cinco por ciento de nuestros usuarios abren cuentas de pago.

—¿Y cómo piensa mejorar eso?

Impaciente, empecé a martillar sobre la mesa con los dedos, intentando ordenar mis pensamientos. Cada pregunta sonaba como un reto o un insulto, pulverizando las palabras de ánimo que me había dirigido a mí misma antes de la reunión.

Al borde de un ataque de pánico, miré a Max buscando una señal de esperanza, pero él parecía divertido por la actitud del señor Landon, que debía ser algo habitual. Los demás alternaban entre mirar sus notas o a mí, sin mostrar ninguna indicación de interés en un sentido u otro.

Por un segundo había pensado que nuestro abrupto encuentro en el restaurante haría que fuese más indulgente conmigo, pero no iba a ser así. El hombre misterioso estaba resultando ser un idiota.

—Nos hemos concentrado en conseguir y mantener la afiliación básica que, como he mencionado, está creciendo viralmente. Con una sólida base de clientes potenciales, esperamos atraer más distribuidores y marcas de la industria, y aumentar la afiliación de pago.

Hice una pausa, preparándome para otra interrupción, pero por suerte el móvil de Blake se iluminó, distrayéndolo un momento.

Aliviada al no estar sometida a ese escrutinio, seguí hablando sobre análisis de la competencia y previsiones financieras antes de que terminase mi tiempo.

En la sala de juntas se hizo un incómodo silencio. Blake tomo un sorbo de café, apagó el móvil y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—¿Sale con alguien?

Mi corazón se volvió loco y sentí que me ardía la cara, como si un profesor me hubiese llamado a la pizarra inesperadamente.

¿Que si salía con alguien? Lo miré, atónita, sin saber si había entendido bien la pregunta.

—¿Perdone?

—Las relaciones pueden robar mucho tiempo. Ese podría ser un factor a tener en cuenta para conseguir o no los fondos que necesita porque afectaría a su capacidad de crecimiento.

No, no lo había malinterpretado. Como si ser la única mujer en la reunión no fuera presión más que suficiente, Blake Landon había puesto el foco sobre mis relaciones personales.

«Cretino misógino».

Apreté los dientes, en esta ocasión para no soltar una retahíla de improperios. No podía perder la calma, pero tampoco iba a dejar pasar tan inapropiado comentario con una sonrisa.

—Le aseguro, señor Landon, que estoy comprometida con este proyecto al cien por cien —afirmé, con voz pausada y firme. Lo miraba a los ojos, intentando dejar claro que no me gustaba nada su actitud—. ¿Quiere hacer alguna otra pregunta sobre mi vida personal que pueda influir en su decisión?

—No, creo que no. ¿Max?

—Pues... no, creo que ya disponemos de la información necesaria. Señores, ¿están dispuestos a tomar una decisión? —Max sonrió, haciendo un gesto hacia los demás.

Uno tras otro, los tres hombres trajeados elogiaron mis esfuerzos antes de anunciar que, por el momento, no estaban interesados.

Mirándome a los ojos, Blake hizo una pausa antes de emitir su veredicto, con la misma frialdad con la que había destrozado mi charla promocional:

—Yo paso.

Las alarmas de pánico se encendieron y mis ojos se empañaron mientras mi vocecita interior parecía dispuesta a dar un discurso de despedida que incluía decirle al señor Landon dónde podía meterse su opinión.

Miré a Max, esperando el golpe final.

—Creo que tienes un proyecto estupendo del que me gustaría saber algo más. Nos reuniremos de nuevo en las próximas semanas para



hacer un seguimiento y estudiar la logística. Después de eso, decidiremos si podemos ofrecerte un acuerdo. ¿Qué te parece?

«Menos mal».

Quería ponerme a dar saltos sobre la mesa y abrazar a Max.

—Me parece estupendo.

—Muy bien, entonces creo que hemos terminado.

Max salió con los demás hombres de la sala de juntas, dejándome a solas con Blake Landon, que sonreía con gesto petulante.

No sabía si darle una bofetada o atusarle el pelo, aunque tenía en mente varias cosas más. Y experimentar emociones tan contradictorias por alguien en tan corto período de tiempo hacía que cuestionase mi cordura.

—Lo ha hecho muy bien —anunció Blake con una voz ronca, profunda, que me hizo sentir escalofríos.

—¿En serio? —repliqué, sorprendida.

—En serio —me aseguró él—. ¿Puedo invitarla a desayunar?

Su expresión se había suavizado, como si no hubiéramos pasado los últimos veinte minutos enfrentados el uno al otro.

Desconcertada, guardé mis notas en el bolso. Blake era un hombre guapísimo, pero si creía que iba a salir con él después de ese numerito estaba sobrestimando su encanto.

—Hay un pub estupendo frente a la oficina y ofrecen un desayuno irlandés completo —insistió.

Lo miré directamente a los ojos, encantada por la oportunidad de devolverle el golpe.

—Ha sido un placer, señor Landon, pero algunos tenemos que trabajar.

—¿*T*e pidió que salieras con él? —al otro lado del teléfono, el ruido del tráfico de Nueva York se mezclaba con la voz de Alli.

—Sí, creo que sí —respondí, sin dejar de darle vueltas a lo que había pasado por la mañana.

—¿Te pusiste el traje de chaqueta negro, con la blusa de color verde azulado?

—Sí, claro —asentí, dejándome caer sobre el futón de nuestra habitación mientras intentaba quitarme la blusa.

—Bueno, entonces lo entiendo. Estás guapísima con ese conjunto. ¿Blake está bueno?

Blake Landon era uno de los hombres más fascinantes que había conocido nunca, pero no parecía tener ningún respeto por las mujeres empresarias y eso empañaba mi atracción por él. Por desgracia, estaba a punto de entrar en la lista de las diez personas a las que más odiaba.

—Da igual, Alli. Nunca me había sentido más humillada —hice una mueca, reviviendo sus desafíos y el posterior rechazo.

—Tienes razón, perdona. Me habría gustado estar allí para echarte una mano.

—A mí también. En fin, ¿qué tal la entrevista?

Alli hizo una pausa.

—Ha estado bien.

—¿Sí?

—De hecho, muy bien. No quiero gafarla, pero me ha parecido muy prometedora.

—Estupendo.

Intenté esconder mi decepción al saber que estaba contenta con la entrevista. ¿Pero cómo no iba a estarlo? Trabajaría con el director de marketing de una de las firmas de moda más importantes del mundo. Sabía que Alli iba a buscar trabajo en cuanto nos hubiéramos graduado, pero la posibilidad de llevar la empresa sin ella me deprimía. A menos que pudiéramos contratar un nuevo director de marketing tendría que convertirme en la portavoz del negocio y, francamente, crear redes de contactos nunca había sido mi fuerte.

—Pero aún no es nada definitivo, ya veremos.

—Deberíamos celebrarlo —sugerí. Desde luego, necesitaba una recompensa por sobrevivir a aquella mañana horrible.

—¡Deberíamos brindar por nuestro nuevo mejor amigo, Max! —gritó Alli.

Sonreí, sabiendo que Max era su tipo. A mi amiga le volvían loca los hombres con trajes de tres piezas.

—Con un poco de suerte, al decir que habrá una segunda reunión no estaba solo devolviéndole el favor a Quinlan.

—Nadie ofrece una posible inversión de dos millones de dólares solo como un favor.

—Sí, es verdad, pero no quiero que invierta a menos que esté realmente interesado en hacerlo.

—Erica, le estás dando demasiadas vueltas, como siempre.

—Tal vez —asentí, suspirando.

Esperaba que tuviese razón, pero no podía dejar de imaginar todo tipo de circunstancias, intentando prepararme para cada una de ellas. Habiendo tanto en juego, mi cerebro no era capaz de parar.

—El tren sale dentro de una hora —siguió Alli—. Llegaré antes de cenar y luego saldremos a tomar una copa.

—Muy bien, nos vemos luego.

Corté la comunicación antes de levantarme para buscar mi pantalón de chándal favorito, el que reservaba para las rupturas y las resacas. Aquel día me había dejado exhausta.

Me detuve un momento frente al espejo de cuerpo entero en el dormitorio que compartía con Alli para deshacer el moño francés, dejando que el cabello rubio ondulado cayese por mi espalda. Estaba más delgada de lo habitual por culpa del estrés de las últimas semanas, pero el conjunto de ropa interior seguía moldeando mis sutiles curvas.

Pasé las manos por el suave encaje que se ajustaba a mis caderas, deseando que fuesen las manos de otra persona para hacerme olvidar el día de hoy.

No había esperado que un inversor engreído me trastornase de tal modo durante mi primera reunión promocional, pero la reacción física que Blake Landon había provocado dejaba claro que necesitaba retomar mi vida social. Tenía que salir y conocer gente. Alejarme del

ordenador, al menos los sábados por la noche. Era entonces cuando, normalmente, hacíamos el mantenimiento de la página porque el tráfico era más lento, pero a este paso no volvería a tener una relación hasta cumplir los treinta.

Intentando olvidar las preocupaciones, me vestí antes de enviar un correo a Sid con las noticias, aunque sabía que estaría dormido. Sid, un ser nocturno por naturaleza como muchos programadores, había caído en cama con gripe el día antes de la reunión. Tampoco él era un gran portavoz, la verdad, pero la fuerza está en los números y su apoyo me habría venido bien.

El negocio nos mantenía a flote a los tres, cubriendo los costes y nuestros modestos gastos como estudiantes universitarios, pero el título de una universidad tan prestigiosa como Harvard ponía el listón muy alto en cuanto a expectativas profesionales.

Mientras Sid y Alli habían estado buscando trabajo, como cualquier estudiante responsable de último curso, yo lo había puesto todo en Clozpin, convencida tras nuestro éxito inicial de que podía convertirlo en algo mucho mejor que un simple trabajo de oficina para todos nosotros.

Conseguir que Max invirtiese en Clozpin podría ser mi última esperanza antes de verme obligada a renunciar a ese sueño y buscar un trabajo normal. Mientras tanto, tenía menos de una semana para irme del campus y encontrar un sitio en el que vivir.

*E*l olor a café me despertó, pero en cuanto abrí los ojos sentí como si mi cabeza estuviese a punto de explotar.

—Maldito vino —murmuré, pasando los dedos por mis sienes, como si así pudiese hacer que el dolor desapareciera.

Me senté en la cama, envuelta en el edredón, dando las gracias a los dioses cuando mi socia me ofreció una taza de café y una pastilla de ibuprofeno.

—No importa, lo pasamos genial.

Allí se sentó a mi lado con su taza. Llevaba el pelo castaño sujeto en un moño desordenado, un top ancho de hombro caído y unas mallas negras. Y, como siempre, estaba guapa sin hacer el menor esfuerzo.

—Hacía siglos que no te veía pasándolo tan bien. Merecías un respiro, Erica.

—La reunión me había sacado de quicio —comenté, agradecida a pesar de la jaqueca porque mis nervios parecían haberse calmado.

—Bueno, cuéntame más cosas de Max. ¿Cuándo voy a conocerlo? Según la Erica borracha, somos almas gemelas.

Reí al recordar los detalles de la noche anterior. Ninguna noche de copas estaba completa sin una charla sobre hombres.

—Solo sé lo que me contó el profesor Quinlan: que es inteligente, pero en la universidad siempre estaba metido en líos. No creo que hubiera podido graduarse sin la ayuda de Quinlan y un título es lo único que su papá no podía comprarle.

Me encogí de hombros, queriendo otorgarle a Max el beneficio de la duda después de haberme salvado de una humillación total.

—Pero supongo que no es fácil respetar las normas teniendo un padre multimillonario. Algunas personas no saben lidiar con tanta libertad.

—Estupendo porque yo estoy buscando *playboys* multimillonarios a los que domar —Allí esbozó una pícaro sonrisa.

—No tengo la menor duda —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

—¿Entonces, ahora solo se dedica a hacer inversiones?

—La verdad es que no sé muy bien a qué se dedica, aparte de Angelcom. Con tanto dinero, seguramente hará todo tipo de cosas.

—Muy bien, entonces habrá que buscarlo en la Red —Allí tomó su portátil y, un segundo después, empezó a leer el currículum de Max, que incluía generosas aportaciones a asociaciones benéficas e inversiones en empresas de Internet—. Vamos a ver qué podemos averiguar sobre Blake Landon.

Apreté la taza con fuerza al recordar que la noche anterior había

despotricado sobre lo ofensivo e insoportable que Blake había sido en la reunión. Que creyese que podía hacer descarrilar mi presentación y salir conmigo después era increíble, pero siendo tan atractivo seguramente tenía hordas de mujeres comiendo en la palma de su mano sin hacer el menor esfuerzo.

Por desgracia para él, yo no era una de esas mujeres. La cólera que provocaba en mí solo era mitigada por la impía emoción que sentía bajo su penetrante mirada.

—Por favor, me importa un bledo.

De entre todas las emociones que Blake Landon me hacía experimentar intenté concentrarme en la rabia, pero en realidad sentía una secreta curiosidad por lo que Allí pudiese descubrir. Hasta el día anterior no había oído hablar de él, pero a juzgar por cómo manejaba el cotarro en Angelcom, debía tener mucha influencia.

Allí miraba fijamente la pantalla del ordenador, leyendo con interés hasta que, por fin, me rendí.

—Bueno, ¿qué has descubierto?

—Es un *hacker*.

—¿Qué?

Debía tratarse de otro Blake Landon, aunque en la reunión no parecía precisamente un honrado ejecutivo o un ciudadano ejemplar.

—Al menos lo ha sido. Se rumorea que tiene contactos con el M89, el grupo de *hackers* estadounidenses que hizo peligrar más de doscientas prestigiosas cuentas bancarias hace quince años, pero no dice mucho más. Oficialmente, es el fundador de Banksoft, que fue adquirido por doce mil millones de dólares. También es el director ejecutivo de Angelcom e inversor activo en varias compañías jóvenes de Internet.

—Un multimillonario hecho a sí mismo entonces.

—Eso parece. Solo tiene veintisiete años y aquí dice que sus padres son profesores.

Esa información no consiguió mermar la rabia que sentía por el sabotaje de mi presentación, pero sí despejaba algunas dudas. Debía

admitir que lo respetaba un poco más al saber que no había recibido su fortuna en bandeja de plata, pero entre él y Max, él era quien actuaba como si fuera un niño privilegiado y no al revés.

—En fin, supongo que ya no importa demasiado. Con un poco de suerte, no volveremos a vernos.